

ENTREVISTA A NORBERT ELIAS CIVILIZACIÓN Y SUBJETIVIDAD

Norbert Elias (1897-1990), fue un destacado sociologo alemán de influencia internacional. Autor de una obra sumamente original, su obra se ha constituido en pilar de una de las escuelas más dinámicas y creativas de la teoría sociológica. Entre sus libros se destacan "La Civilización de las Costumbres" "Sobre el Tiempo" y "La Dinámica de Occidente".

Pregunta: ¿Qué diferencia existe entre el hombre que apuñala con el cuchillo al comensal que tiene a su lado en la mesa y el hombre que no puede servirse de él para cortar la ensalada? ¿No es quizás ésta la cuestión fundamental a la que usted intenta responder en su libro sobre "El proceso de civilización"?

Elias: Planteado así resulta demasiado esquemático y simplificador. De todos modos es cierto que esas dos maneras de utilizar el cuchillo indican dos momentos de un largo desarrollo histórico en el que las sociedades y pueblos occidentales han cambiado enormemente. Se han "civilizado", proceso que ha durado más de quinientos años y durante el cual los hombres se han visto sometidos a toda una serie de imposiciones. Es precisamente este proceso de civilización el que constituye el objeto de mi libro cuyo título en alemán es "*Über den Prozess der Zivilisation*".

P.: Pero, ¿quién era ese hombre que apuñalaba tan fácilmente a su vecino de mesa, ese hombre anterior al "proceso de civilización"?

Elias: No tergiversar mis palabras haciéndome decir que ésa era una práctica habitual, ni que la civilización comenzó de repente, a partir de cero. Los hombres de todas las sociedades han observado siempre ciertas reglas para relacionarse entre ellos. Pero el análisis de los hechos muestra que a partir de finales de la Edad Media el uso del cuchillo en la mesa comenzó a ser regulado de una forma nueva por la aristocracia cortesana y más tarde por todos los grupos sociales. Guerreros violentos, señores feudales que peleaban sin cesar o se preparaban para el combate, hombres con pasiones extre-

mas que iban del placer al odio y que tenían suficiente poder como para ceder normalmente a sus impulsos, comenzaron entonces a autoimponerse determinadas normas durante las comidas. Se transformaron así en comesanos domesticados. Todas las estructuras sociales y mentales de los pueblos europeos cambiaron a partir de entonces de forma drástica.

P.: ¿Cuáles fueron esas normativas a las que se ha referido y cómo podemos conocerlas?

Elias: Existen documentos desde la Edad Media, concretamente tratados sobre el *savoir-vivre*, pero nunca habían sido estudiados en serio. En los documentos más antiguos encontramos un sencillo precepto: «No limpie sus dientes con su cuchillo». Se puede afirmar, por lo tanto, que el uso del cuchillo en la mesa implicaba entonces pocas regulaciones, sin embargo esta primera prohibición indica la dirección de futuros desarrollos. Textos posteriores, de finales de la Edad Media (por ejemplo el "*Book of Curtesye*"), afirmaban: "No dirija el cuchillo hacia su cara, porque es peligroso y provoca miedo". El cuchillo, durante mucho tiempo a la vez arma y único utensillo para comer, se transformó así en un símbolo de peligro y de muerte. Esto generó un sentimiento de preocupación que condujo a su estricta reglamentación y posteriormente a la supresión de su uso en sociedad. En 1560, por ejemplo, se encuentra en un tratado de "civilización" la regla, todavía actualmente en uso, según la cual el cuchillo debe de ofrecerse por el mango y nunca por la punta. La explicación de tal forma de actuar es que "sería incorrecto hacerlo de otra forma".

Nosotros podemos, sin embargo, reconocer en ello tendencias emocionales subyacentes: apuntar hacia alguien con el cuchillo es un gesto de ataque. En este momento histórico la sociedad comenzaba a preocuparse por la seguridad individual y rodeaba los símbolos, los gestos y los instrumentos de amenaza, de un arsenal de tabúes. Resulta interesante comparar este desarrollo con el que tuvo lugar en China, en donde el cuchillo de mesa dejó de usarse desde hace siglos.

P.: ¿Y qué sucedió con el tenedor?

Elias: En un principio aparece como un instrumento exótico. Fue necesario que pasasen cinco siglos, desde el Siglo XI al XVI, para que los ricos y los poderosos sintiesen la necesidad de servirse de él en la mesa. Una crónica del siglo XI narra cómo su uso causó un escándalo en Venecia. La gente estaba muy sorprendida al ver a una princesa bizantina llevar la comida a la boca con «un pequeño tenedor de oro

de dos dientes. Esta novedad fue considerada entonces pecaminosa. Los sacerdotes imploraron un castigo divino y la princesa se vio afligida por una repugnante enfermedad. San Buenaventura declaró que dicho mal había sido un castigo del cielo.

El tenedor comenzó a utilizarse en Francia a finales de la Edad Media (procedente de Italia), para pasar después a Inglaterra y Alemania. Al principio los cortesanos que comenzaron a servirse de él eran ridiculizados ya que, según parece, eran muy torpes y la mitad de la comida del tenedor se les caía «entre el plato y la boca». En realidad, el tenedor fue utilizado en un principio para coger trozos del plato común. Todavía en el siglo XVII el tenedor (fabricado en oro o en plata) era un lujoso instrumento usado sólo por la nobleza cortesana y por algunos ricos imitadores de esta clase, pertenecientes a la burguesía.

P.: ¿Por qué se extendió entonces el uso de un instrumento que en un principio resultaba incómodo y fue mal recibido?

Elias: Los libros de urbanidad del siglo XIX sirven para proporcionarnos una respuesta: porque "sólo los caníbales comen con los dedos" o porque comer con los dedos es «antihigiénico». Pero éstas son únicamente justificaciones tardías; la explicación real nos reenvía a un lento y profundo cambio en el subconsciente de las gentes de una determinada sociedad. Estas personas habían comenzado a elevar un muro afectivo entre sus cuerpos y los de los demás. El tenedor ha sido uno de los signos para marcar distancias entre los cuerpos de las otras personas y el cuerpo propio. Rechazar el cuerpo, aislarlo, avergonzarse de él, intentar ignorarlo, supone un cambio considerable. Durante siglos este muro no existió.

P.: ¿Qué era lo que existía antes del muro?

Elias: Me gustaría poner un ejemplo extremo que quizá pueda resultar hoy ofensivo. En el *Galateo*, un tratado de buenas maneras de 1558, existía un capítulo entero sobre cómo satisfacer las necesidades corporales. Voy a citar el siguiente pasaje: "Si encuentra algo repugnante en la calle es indecoroso volverse hacia quien le acompañe y mostrarle la suciedad. Y se debe evitar aún más presentar a los demás cosas hediondas, como acostumbran a hacer aquéllos que acercan su nariz a ellas y dicen: «huele realmente apestoso». Por el contrario deberían decir: «no lo huelo, porque apestan»".

Si el *Galateo*, que se dirige a la aristocracia, se toma la molestia de enfatizar esta práctica para condenarla, está claro que se debe a que dicha práctica existía. Obviamente constituía un alegre y amigable gesto pero, ¿qué nos indica?: que ni el cuerpo ni sus funciones eran entonces percibidos como algo desagradable. En la actualidad este tipo de prácticas serían patologizadas. Por el contrario, antes del Renacimiento estas acciones eran practicadas con una ingenuidad que nosotros hoy apenas podemos imaginar. Entonces la gente hacía sus necesidades en público, con naturalidad y con placer; se hacía el amor abiertamente en la misma estancia en la que estaban los hijos (en ocasiones en la misma cama que se compartía con uno o más de ellos), se comía la comida del mismo plato con los dedos; se tomaba la sopa del mismo cuenco y, en ocasiones, se escupía al suelo algún trozo que no resultaba agradable. Las personas mantenían entre ellas unas relaciones muy diferentes de las que nosotros mantenemos en la actualidad.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL CUERPO

P.: ¿Se puede afirmar entonces que eran más tolerantes?

Elias: Se relacionaban entre sí de un modo diferente a como lo hacemos hoy. Contamos en este sentido con un conciso texto de Erasmo, el humanista renacentista, quien en la *Diversoria*, de 1523, describe así la sala de una posada alemana: "Alrededor de noventa personas se encontraban allí reunidas: personas pobres y también ricas y nobles; hombres, mujeres y niños. Unas lavaban sus ropas, y otras sus manos en un agua tan sucia que se lavaban en balde; la gente escupía en cualquier parte y algunos limpiaban los zapatos encima de la mesa. A la hora de la comida cada uno mojaba su trozo de pan en el plato común, le metía un bocado y lo mojaba de nuevo. La habitación estaba muy caliente y todo el mundo sudaba. Muchas de las personas estaban enfermas. Algunas sufrían el 'mal español' y eran más peligrosas que los leprosos", según confiesa uno de los personajes de Erasmo. "Es verdad", decía otro, "pero los hombres valientes se ríen de ello". Sin embargo, lo que hoy habría resultado intolerable era entonces posible por esta ausencia de distancia entre los cuerpos. El cuerpo de otra persona no era algo embarazoso; no se sentía la necesidad de mantener distancias. Una de las manifestaciones del proceso de civilización consiste precisamente en la creación de esas distancias y en la multiplicación de reglamentaciones y

prohibiciones. Con el peso del tiempo este proceso se desarrolló poco a poco, llegando estas normas a hacerse inconscientes y por tanto automáticas. Se puede así comprender lo que Freud llama "superyo".

P.: Pero, ¿cómo y por qué ha llegado a ser algo inaceptable en un momento determinado escupir en la sopera o sonarse en el mantel? ¿Cómo y por qué se imponen esas distancias entre los cuerpos y en relación al cuerpo?

Elias: Respondamos en primer lugar a la cuestión del 'cómo'. Se puede decir, simplificando, que la restauración de un poder real fuerte supuso la desaparición de una aristocracia caballeresca, anárquica y violenta, que encarnaba la antigua manera de vivir. En torno al rey se formó una aristocracia cortesana muy diferente de la nobleza guerrera medieval, cuya domesticación era exigida por la estructura misma del poder real. Esto implicó un cambio profundo en las actitudes y en las costumbres sociales cotidianas que se manifestó en un primer momento en la Corte y que se propagó más tarde al resto de las clases sociales. Europa entera se transformó siguiendo este modelo cortesano y se puede afirmar que todavía hoy seguimos siendo un poco producto de esa civilización cortesana, pese a las distintas revoluciones que desde entonces han tenido lugar.

P.: ¿No cree que en la actualidad comenzamos a rebelarnos de un modo profundo contra "la civilización"? ¿Qué piensa, por ejemplo, del retorno a la desnudez?

Elias: Estoy seguro de que las bañistas desnudas de las playas del sur de Francia constituyen una agradable visión. Su actitud plantea, sin duda alguna, cuestiones a los sociólogos. Pone de manifiesto un acrecentamiento del poder de la mujer: una mujer que puede mostrar las piernas y los senos ha dejado de ser propiedad de su padre o de su marido. Y ello supone un paso decisivo pero, ¿es realmente una liberación? Digamos que la cuestión sigue abierta.

En la edad media la desnudez no provocaba reacciones de vergüenza. Por la noche la gente dormía desnuda, y si alguien utilizaba camisa de dormir, se pensaba que tenía alguna deformidad física.

P.: ¿Qué papel juega la camisa de dormir en el paso que va desde la ingenuidad a la vergüenza y el pudor?

Elias: El mismo que desempeñan el tenedor y el pañuelo, que además surgen en la misma época. La camisa de dormir es un "instrumento de civilización", un símbolo de la transformación del

trabajo ejercido sobre el cuerpo: un "muro emocional" comienza a erigirse entre el hombre y su propio cuerpo.

PLACER Y VIOLENCIA

P.: ¿Y qué ocurre con la violencia? ¿Qué transformaciones sufre en el proceso de civilización?

Elias: Durante los últimos siglos hemos pasado de una violencia impresionante, que no podemos imaginar fácilmente, a una violencia menor y a un autocontrol de la agresividad. En la sociedad medieval la violencia estaba inscrita en la estructura misma de la vida social. Los guerreros eran la clase dirigente. La existencia consistía literalmente en rapiña, luchas, caza de hombres y de animales. Los documentos conservados sugieren inimaginables descargas afectivas en las que los hombres, salvo excepciones, se abandonaban cuando podían a los placeres extremos de la ferocidad, el crimen, la tortura, la destrucción y el sadismo.

P.: ¿No estamos, sin embargo, ahora retornando a la violencia? Al menos ésta es una de las críticas que con frecuencia se hacen a nuestra civilización.

Elias: A mi juicio la violencia actual no es muy fuerte salvo, naturalmente, para quienes la sufren. Si nos comparamos con nuestros antepasados, somos como niños de pecho. Me refiero claro está a la violencia que se produce entre particulares de nuestras sociedades y no a la violencia entre Estados, que ha sufrido una ingente mutación desde que la ciencia, la técnica y la movilización de masas le han proporcionado gigantescos medios. En la actualidad no nos imaginamos realmente cómo era una sociedad violenta, una violencia basada, por ejemplo, en la esclavitud.

P.: ¿Si la civilización se caracteriza por sujeciones cada vez mayores y más severas, podremos soportarlas sin rebelarnos?

Elias: La civilización no es exactamente eso, sino más bien la imposición de una red de restricciones limitadas que tienden a atenuar los excesos en el placer, la violencia, la desigualdad... Las actuales críticas a la civilización no me parece que sean una contestación, sino más bien, por el contrario, una nueva etapa de este proceso moderador. Algunas coacciones se habían convertido probablemente en algo exagerado.

P. ¿Cuáles?

Elias: Un ejemplo: la abstinencia prolongada impuesta a los jóvenes antes del matrimonio constituye un "barbarismo" corregido por el desarrollo del movimiento civilizador. Pero, al mismo tiempo, el aumento del poder de las mujeres impone restricciones a los hombres: una nueva forma de relación entre los sexos está en vías de formación.

P.: ¿No se trataría de un simple retorno a una situación más natural?

Elias: No creo que exista una oposición entre civilización y naturaleza: se trata de una de esas pseudoalternativas que no resiste un análisis puntual. Por otra parte no es una excepción, ya que la mayoría de esas oposiciones conceptuales que movilizan las pasiones de los hombres me parece que son estereotipos que no guardan relación con la realidad. Recuerde usted esas querellas escolásticas entre materialismo e individualismo, racionalismo e irracionalismo. Pero para volver a la oposición civilización/naturaleza, digamos brevemente que si la naturaleza del hombre fuese radicalmente opuesta a la civilización el proceso de civilización nunca habría tenido lugar.

CODIGOS Y AUTOCONTROL

P.: ¿En su opinión, hasta dónde puede llegar esta liberación de las costumbres? ¿Hasta qué punto puede uno liberarse de las imposiciones en una sociedad?

Elias: ¿Quién será el osado que se atreva a responder a semejantes preguntas? Todo lo que uno puede decir es que ciertas normativas han sido integradas a nuestra personalidad hasta el punto de que es difícil decir si cumplen alguna función, y en el caso de que la cumplan, en qué consiste. Si usted mete la mano en el plato de sopa o carne, me pregunto si sus compañeros de mesa se sentirán cómodos. Dicho esto, ¿por qué no hacerlo? Era lo que se hacía en una época en la que aún no existía la necesidad de utilizar tenedor.

Traducción: Julia Varela

Entrevista publicada en Le Nouvel Observateur, el 29 de abril de 1974.

NOTAS

1. Y no *El proceso de la civilización*, como se ha traducido en castellano (IFCE, 1987). 2. Ed. FCE, 1982.